



## 7 CUENTOS DE NIÑOS Y NIÑAS

# Malala, la niña más fuerte que el miedo

El 14 de agosto de 1990 Chile ratificó la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño. En este agosto de 2015 se cumplieron 25 años de este hecho que redefinió el estatus de los niños y niñas en nuestro Estado Democrático como “sujetos de derechos” (1) e impuso la responsabilidad estatal de implementar las condiciones necesarias para garantizar el goce y ejercicio de sus derechos.

La Convención sobre los Derechos del Niño es un instrumento internacional de rango constitucional de acuerdo a lo señalado en artículo 5 de la Constitución de la República Chile (2). En este marco el cuidado de las nuevas generaciones se vincula con cuestiones normativas, es decir, con formas de salvaguardar la igualdad y universalidad del goce y ejercicio de derechos para todos los niños, niñas y adolescentes, por lo tanto, la familia no es la única responsable de ello, sino que se pone en juego un modelo de justicia social bajo la premisa de co-responsabilidad del Estado, la familia y la sociedad en general.

El reconocimiento de sujeto de derechos, supone el reconocimiento social de la capacidad de acción autónoma del ser humano. Esta capacidad se manifiesta desde que el niño o niña nace, llora y clama exigiendo a sus padres, el abrazo, la alimentación y todas aquellas condiciones que aseguran su supervivencia, bienestar y desarrollo pleno. Parece que desde que el bebé aparece en el mundo, estuviera seguro que él es un sujeto. A pesar de su corta edad es activo en participar en las decisiones que le conciernen y así la madre lo mece, el bebé llora, el padre lo muda y sigue llorando, se muestra incómodo, llega la abuela lo arropa, le canta una canción y el bebé se tranquiliza, por fin alguien ha comprendido su subjetividad y el niño se ha agenciado condiciones más propicias para su bienestar en ese momento.

Esta capacidad de acción de los niños y niñas, no solo se manifiesta por interés individual, sino también en pos de un interés colectivo, es decir los niños y niñas pueden ejercer una ciudadanía activa frente a exclusiones del goce y ejercicio de derechos que afectan a colectivos de niños y niñas. Un ejemplo notable es el de Malala, quien nació en 1997 en la ciudad de Mingora, Pakistán. Hija de Toorpekai y Ziauddin Yousafzai tiene dos hermanos menores, todos pertenecen a la etnia pashtun. Cuando Malala nació, nadie felicitó a su padre y los habitantes de la aldea se compadecieron de su madre, para los de su etnia, el que naciera una niña era una desgracia. Nació casi al alba, lo que los pashtunes consideraban como buen augurio. Malala nació llorando y dando patadas, “*sé que esta niña es distinta*” decía su padre. La nombró Malala, como la mayor heroína de Afganistán.

El padre de Malala, era un soñador, un hombre que pensaba la vida en libertad, un hombre que consideraba que la educación era esencial en la construcción de una sociedad ya que a través de ella, las personas estarían en condiciones de elegir a buenos gobernantes. Con esa visión del mundo, abierta y basada en la equidad es que Ziauddin junto a Toorpekai criaron



Michael Wright-Morgado, Les a humanidad, 2014

a Malala. Ziauddin a pesar de su pobreza, siempre se interesó por el estudio, gracias a su tenacidad y esfuerzo logró graduarse de maestro y fundó su propia escuela, en la que se educó Malala.

Cuando Malala tenía 9 años, los talibanes llegaron a su aldea. Al poco tiempo, estos comenzaron a expandir la idea de que las niñas no debían asistir a la escuela. Tan fuerte calaron estas ideas, que incluso en la escuela de Ziauddin, algunos maestros comenzaron a negarse a enseñar a las niñas. En la aldea, los talibanes comenzaron a prohibir a las mujeres a salir de sus casas, a ir al mercado, a la peluquería, en cuanto a los niños y niñas, estaban muy disgustados ya que no podían ver películas ni escuchar la música que les gustaba, ni tampoco era posible acceder a las vacunas.

Un día, la familia de Malala fue de visita a la aldea del abuelo, de vuelta a casa encontraron un mensaje pegado en la puerta de la escuela: - Debéis cerrar la escuela, esta escuela es occidental e infiel, entre sus alumnos hay niñas y el uniforme es anti islámico. Esta situación más que intimidar a Ziauddin le dio la fuerza para luchar en contra de estas ideas y al día siguiente escribió al diario local, defendiendo el derecho a la educación.

Cada vez el ambiente empeoraba más, ir a la escuela era lo único bueno del día y aunque debían ir medias escondidas, tapadas y con los libros escondidos bajo el velo, llegar a la escuela era lo mejor que les podía pasar. La escuela se convirtió para Malala y sus amigas en un refugio de los horrores de afuera y ahí dentro las niñas podían seguir soñando. La mayoría de las

niñas de la clase querían ser médicos pero Malala decidió en ese tiempo que sería inventora y construiría una máquina anti talibanes y otra que destruyera sus armas.

Cuando se iniciaron los ataques a las escuelas, Malala le pregunto a su padre: -¿Ahora tienes miedo?- y su padre le contesto: - «De noche, nuestro temor es fuerte, Malala -repuso-, pero por la mañana, a la luz, volvemos a encontrar el valor» (3). Estos consejos fueron desarrollando en Malala una fuerza especial que radicaba en la certeza de que lo justo era que se respetaran todos los derechos humanos.

A pesar del miedo y del clima hostil, Malala comenzó a participar en entrevistas para canales de televisión. Ella y otras niñas, apoyada por sus padres y maestros, comenzaron a contar cómo era vivir en un lugar donde se les prohibía estudiar y así hablaba frente a las cámaras e interpelaba a los talibanes: - “¿Cómo se atreven los talibanes a privarme de mi derecho básico a la educación?”. La destrucción en las escuelas continuaba y hacia fines del 2008, los talibanes ya habían destruido más de 400 escuelas y anunciaron por la radio, que desde ese momento se cerrarían todas las escuelas de niñas. Ante esto Malala pensaba: - “Los talibanes podrían arrebatarnos los bolígrafos y los libros, pero no podrán impedir que nuestras mentes piensen”.

Como niña que era, cuando oía los cáñones su corazón latía muy deprisa. A veces tenía miedo, pero no decía nada y no dejaba de ir a la escuela. Malala trataba de distraerse leyendo la Breve historia del tiempo, de Stephen Hawkins, que respondía a grandes interrogantes sobre cómo había comenzado el universo y si se podía

retroceder en el tiempo. Sólo tenía once años y ya deseaba que fuera posible.

Un buen día contacta a su padre un corresponsal de la BBC que estaba buscando a una niña que escribiera un diario acerca de la vida bajo el poder de los talibanes. Malala comenzó a escribir el diario bajo el seudónimo de GulMakai, que significa «azulina» y es el nombre de la heroína de una popular leyenda pashtun.

La primera publicación de su diario apareció el 3 de enero de 2009 con el título “TENGO MIEDO”. «Ayer noche tuve un sueño terrible lleno de helicópteros militares y talibanes. He tenido sueños así desde que comenzó la operación militar en Swat». Decía que tenía miedo de ir a la escuela por el edicto talibán y que miraba a sus espaldas todo el tiempo. También escribió sobre algo que ocurrió cuando regresaba de la escuela. «Oí a un hombre detrás de mí que decía ‘Te mataré’. Apreté el paso y durante un rato miré hacia atrás a ver si me seguía». Con 12 años, Malala se convertía en la voz de miles de niñas a quienes se les estaba negando su derecho a la educación.

Su fuerza creció junto con su convicción y aunque nadie sabía que ella era la que escribía, empezó a ver que el lápiz y las palabras pueden ser mucho más poderosas que las ametralladoras, los tanques o los helicópteros. Estaba aprendiendo a defender sus derechos y los de todos.

A sus 15 años fue víctima de un atentado por parte de un miliciano talibán, el que subió al autobús en el que Malala viajaba desde la escuela a su casa y tras preguntar: ¿Quién es Malala? disparó tres veces en contra de la niña. Fue trasladada en helicóptero a un hospital donde la intervinieron quirúrgicamente y luego fue trasladada junto a su familia a Inglaterra en donde fue sometida a nuevas intervenciones.

En 2013, estaba allí, en la ONU y desde la misma tribuna que ha sido ocupada por grandes líderes del mundo habló: “Los terroristas pensaron que cambiarían nuestros objetivos y frenarían nuestras ambiciones pero nada cambió en mi vida excepto esto: la debilidad, el miedo y la desesperanza murieron, la fuerza, el poder y el valor nacieron”. Emociono a un mundo entero, era solo una niña y tenía la fuerza de un gigante para derrotar el miedo.

Al año siguiente recibió el Premio Nobel de la Paz, convirtiéndose en la primera niña en recibir tal reconocimiento. Como Malala, en el mundo, millones de niños y niñas son privados de sus derechos, todos y cada uno de ellos tienen en su cuerpo y en su alma la vivencia de la injusticia. Escuchar sus voces y darles valor, contribuye a la construcción de un mundo más justo para todos. ■

1. Ministerio de Relaciones Exteriores. (1990) Decreto 830. Promulga la Convención sobre los Derechos del Niño.

2. El artículo 5 de la Constitución de la República de Chile, establece “El ejercicio de la soberanía reconoce como limitación el respeto a los derechos esenciales que emana de la naturaleza humana. Es deber de los órganos del Estado respetar y promover tales derechos, garantizados por esta Constitución, así como por los tratados internacionales ratificados por Chile y que se encuentren vigentes”.

Constitución Política de la República de Chile. [www.leychile.cl/Navegar?idNorma=242302&r=1](http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=242302&r=1). Consultada el 8 de Agosto de 2015.

3. Lamb, C.; Yousafzai, M. (2014) Yo soy Malala. Ed. Alianza.